

CESEDEN

DISUASION Y SEGURIDAD EN LA ACTUALIDAD

- Por D. Salvador LOPEZ DE LA
TORRE.

Abril 1983

BOLETIN DE INFORMACION nº 164-VIII.

Dos coloquios casi simultáneos -junio y septiembre de 1982-- reunieron a pensadores y expertos en temas militares contemporáneos, --prácticamente sobre el mismo tema, puesto que uno elegía el lema "Voluntad de Defensa y Seguridad en Europa", organizado en París por la Revista "Defense National" de Francia, y el otro, bajo el título de "Defensa y - Consenso. Los aspectos interiores de la Seguridad", se realizaba en La Haya bajo el patrocinio del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres (IISS). La temporal simultaneidad de ambos coloquios y la calidad de los participantes, hacen más notable todavía el hecho de que sus conclusiones puedan considerarse casi idénticas.

El punto de partida -y la razón de la convocatoria de ambos seminarios- hay que situarlo en la realidad popular de Europa en los años ochenta, donde se asiste a una ruptura del consenso nacional sobre la defensa y de la voluntaria aceptación por una parte de la población de una --postura de debilidad ante la amenaza soviética. De una "finlandización". -- El Embajador Francois de Rose, dijo, en el coloquio de París, que sería más lógico hablar de una "voluntad de no-defensa", que de una "voluntad de defensa", título como hemos visto más arriba del coloquio francés. --- Con otras palabras lo diría el director del IISS. "El ocaso del consenso - (en la política de defensa) ha sido una característica particular de los últimos años, dirigido especialmente a la dimensión nuclear de la defensa occidental".

Este fenómeno es relativamente nuevo y su aparición puede situarse en 1979; es decir, en el momento en que la OTAN decide desplegar en Europa a petición y por iniciativa del Canciller Schmidt los misiles de alcance medio Pershing II y Cruise, capaces de compensar a los SS-20 -soviéticos. En ese instante se rompe la aceptable aprobación popular que

habían tenido hasta entonces los esfuerzos de defensa de los países occidentales, imperturbables incluso durante la tormenta política y contestataria de 1968 que no incluyó nunca estas cuestiones en sus proposiciones revolucionarias. Problema nuevo de profundidad desconocida, como dijo el director del IISS, hay que preguntarse por qué ha sucedido ahora, hasta donde llega su profundidad, durante cuanto tiempo puede durar todavía y, como podría remediarse. A esas preguntas intentaron contestar los participantes en el coloquio de La Haya y estas serían apresuradamente comprimidas sus conclusiones.

Es evidente que el fenómeno de ruptura social sobre los problemas de la política de defensa en la época nuclear, no han surgido de forma multitudinaria hasta 1979, pero es evidente que con anterioridad se fueron acumulando las razones para esta explosión popular, lo que hace conveniente empezar el análisis presentando la situación anterior a 1979, porque está claro que, salvo algunas voces aisladas que han existido siempre, el acuerdo general sobre la defensa de Occidente era un dato permanente en la vida política de los países libres de Europa en los años 50 y 60.

Varias razones justificaban esta aceptación popular de la política de defensa. En primer lugar -y como iremos viendo más tarde como causa fundamental- la superioridad americana en el sector nuclear, con su correspondiente doctrina de la respuesta masiva a cualquier ataque soviético convencional en el escenario europeo. La disuasión se basaba en el "equilibrio de los desequilibrios", según la frase acuñada por el Embajador de Rose y, es verdad que todos los pueblos europeos tenían clara conciencia de que la Unión Soviética no desencadenaría un ataque, sabiendo que el daño con que sería castigada no guardaría nunca proporción con su hipotético beneficio. Vivimos entonces la edad de oro de la disuasión - en su versión más simple y comprensible y, precisamente porque era razonable el armazón teórico de la defensa occidental, los pueblos creyeron en su planteamiento y otorgaron su consenso.

Pero ya en esta etapa empiezan a dibujarse dos fenómenos -- que han sido analizados con precisión en el coloquio del IISS por Michel-Howard. El primero de ellos, según el autor, es la baratura del sistema defensivo europeo encomendado en última instancia a una potencia extra-europea; que, con sus bombas atómicas, garantizaba la seguridad de la porción libre del Continente, sin que los países beneficiados de la "disuasión extensa" tuviesen que realizar grandes gastos en organizar su propio

sistema militar de protección. En una época de prosperidad universal floreciente, con energía barata y con una disuasión garantizada y comprensible, se explicaba sin esfuerzo el consenso popular.

Ahora bien, este mecanismo de defensa encerraba un germen disolvente que ha empezado a contagiar las mentalidades occidentales, -- cuando las bases del sistema cambian, y que era, en fin de cuentas, el alejamiento que se establece en tales condiciones entre el pueblo y su defensa. Michel Howard recuerda, con razón, que la defensa fue durante largos periodos históricos un oficio de mercenarios a los que se pagaba para hacer la guerra, sin que las burguesías, ni los pueblos europeos se vieran comprometidos en el hecho físico de la batalla. Esta situación duró aproximadamente hasta que la Revolución francesa, con el ejército nacional, considera a la defensa como una necesidad sentida por el pueblo entero, como una obligación que, además, era cumplida con orgullo. Concepción que dura hasta la Segunda Guerra Mundial. La disuasión de los años cincuenta, sesenta y mitad de los setenta, devuelve a los pueblos europeos a la vieja situación de incapacidad infantil de los siglos XVII y XVIII, a la cual les empujaba igualmente el carácter incomprensible de los términos de defensa encomendada a unos especialistas en trayectorias nucleares -- que, en parte por preservar sus delicados secretos militares, en parte -- porque la materia no se presta a divulgaciones fáciles, alejan en todos los sentidos los temas de la defensa del ánimo popular. Es lo que se ha llamado, repitiendo una frase corriente en economía, "los efectos perversos de la OTAN", de la defensa caída del cielo que permitía ahorrarse unos gastos de defensa convencional y una participación activa del pueblo en las unidades clásicas.

En estas condiciones aparece el fenómeno capital en la política de defensa universal que es la paridad nuclear entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. La paridad, injertada en el medio ambiente popular de los años de la distensión, que prolonga artificialmente la época inicial de disuasión perfecta -- perfecta y creíble -- y arruina todo el edificio conceptual y político del consenso popular anterior. Desde el momento en que las dos superpotencias están en condiciones de autodestruirse -- de modo fulminante, la llamada "lógica nuclear" empieza a debilitar la confianza de los países protegidos por la "sombrija" norteamericana por que resulta duro de entender que un país esté dispuesto a sacrificar su existencia por defender tierras ajenas, cuyo estatuto en fin de cuentas podría negociar con el hipotético agresor. Las renovaciones estratégicas de la Alianza, "la respuesta flexible", "la escalada controlada", que obede-

cen a la más estricta "lógica nuclear", pueden suscitar, sin embargo, el recelo popular y efectivamente lo provocan.

Es el momento que Michel Howard llama de "divorcio entre la disuasión y la seguridad", entendiéndolo que la primera trata de convencer al agresor de la imposibilidad de atacar, dadas las pérdidas que sufriría, mientras la segunda tranquiliza al posible agredido que se sabe en estado de perfecta protección. Cuando la situación se plantea a la inversa, es decir, cuando el pueblo amenazado piensa que la disuasión es imperfecta o que el simple despliegue de sus elementos constituye una provocación, la ruptura entre los dos elementos, que constituían la base del antiguo esquema, deja de hacer deseable la disuasión, desde el momento en que el horror de la "lógica nuclear" convierte en la más horrible de todas las hipótesis, la posibilidad de la guerra atómica. Michel Howard expone su idea con exactitud. "Es contra la perspectiva de una guerra nuclear, más que contra un ataque soviético, sobre lo que los europeos reclaman seguridad". Dominique Moissi lo dice con otras palabras que en el fondo son idénticas. "Hasta aquí, incluyendo la Segunda Guerra Mundial, se podía sacrificar la vida por la libertad de su propio país. Ahora parece moral sacrificar su libertad por la supervivencia del planeta".

Sobre las razones que han conducido a esta ruptura entre disuasión y seguridad, Adam Roberts realiza un minucioso ejercicio de análisis que podemos resumir con brevedad y donde el autor enumera todas las incertidumbres dramáticas que encierra la disuasión, siguiendo el desarrollo intelectual de la más pura "lógica nuclear".

Nadie sabe hacia donde nos conduce, dice Roberts, porque, en teoría, la disuasión debe evitar la guerra, pero tiene que admitir en conciencia la posibilidad de su estallido. Sucesivamente, el autor va señalando la escalada permanente que la técnica ha impuesto al armamento nuclear, forzando a las dos superpotencias a una carrera de perfeccionamientos que nadie resulta capaz de adivinar cuando terminará y obliga a cada uno de ellos a cerrar "esas ventanas de oportunidad" que el avance del otro podría abrir en su panoplia defensiva. Los riesgos de una guerra por error, el carácter ambiguo que el arma nuclear ha jugado en los conflictos abiertos después de la Segunda Guerra Mundial, donde no ha sido empleada, aunque el propietario de ella se viese en situación de perdedor -- Vietnam, Suez, Corea, Malvinas--, la multiplicación de compromisos que el disuasor contrae con potencias no atómicas a las que en teoría debe proteger con su "sombrija", el horror que provoca en los pueblos instintiva

mente el explosivo atómico, la imposibilidad voluntariamente admitida de proteger a sus poblaciones que quedan ofrecidas como rehenes al tiro del adversario, como garantía de que no disparará contra las suyas y el coste fenomenal de la escalada armamentista, son todas ellas razones, dice el autor -o "sin razones"- que hacen incomprensible para el pueblo el hecho de prepararse para una guerra que, en buena lógica, no tendrá lugar y que si estallase haría un infierno de la tierra.

En el coloquio de París se ha planteado con toda crudeza la -- gran pregunta que se hacen a sí mismos los expertos: "¿La disuasión está superada?". Los participantes no fueron capaces de responder de manera clara, pero todos admitieron, y en esto realizaban un ejercicio convergente con el Seminario de La Haya, en que estaba profundamente erosionada.

Todas estas razones se ofrecen por los autores como explicaciones de la ruptura del consenso. Como dice Dominique Moissi, "la guerra atómica, atomiza también la voluntad de la defensa".

Esta oscuridad en la que se nueve el análisis y que se refleja en la repugnancia popular por seguir hasta sus últimas consecuencias - la "lógica nuclear", se refleja con bastante exactitud en la contribución de Johan Holst al coloquio de La Haya, al señalar el carácter arbitrario que tiene toda especulación disuasoria traducida en términos aritméticos. -- ¿Qué es disuasorio?, se pregunta el autor, añadiendo que "el daño aceptable no puede ser conocido más que por aquel destinado a recibirlo, nunca por el que intenta provocarlo", resultando imposible graduar desde un lado lo que sería intolerable para el otro. Es evidente que comparar el daño que una explosión atómica puede causar en una sociedad occidental de grandes aglomeraciones urbanas, carentes de adecuada protección civil, con un sistema de vida democrática, no puede ser comparado con las pérdidas de una ciudad soviética con mucha menos población y sistema policiaco de vigilancia civil prácticamente carcelario.

Por eso Johan Holst propone un sistema que sustituya al actual de "destrucción asegurada" -cada contendiente está seguro de causar un daño inaceptable al adversario-, por otro de "reflexión asegurada", donde los dos posibles adversarios disminuyan el riesgo de la guerra nuclear ofreciéndose garantías de que el conflicto atómico retrasaría su estallido hasta el límite compatible con la seguridad. Reducción de cabezas nucleares, disminución de las fuerzas de alerta, corrección del sistema de doble capacidad en los aviones desplegados en Europa. "La credibilidad -dice

Holst- en los años ochenta, requiere ciertos cambios, capaces de reducir la confianza exclusiva en las armas nucleares".

Este repliegue de empleo nuclear, conduce a los participantes en el coloquio a plantearse el tema del refuerzo del armamento convencional que disminuya el umbral atómico en todo lo posible, y, en este sentido, conviene decir que todos los participantes en los dos coloquios insisten en esta necesidad, porque todos ellos están convencidos de que a pesar de la desafección popular -o al menos de una parcial desafección popular- por el esfuerzo de la defensa, Europa debe oponer resistencia a la amenaza soviética. Si se denuncia la ruptura del consenso, todos ellos intentan, sin embargo, proponer fórmulas para su restablecimiento, acercando otra vez los términos de "disuasión" y "seguridad" que ahora operan de modo contradictorio en el ánimo de ciertas masas europeas.

Aparece en este instante entre los participantes, una segunda dificultad para popularizar la defensa y que es la crisis económica. No cabe duda que el refuerzo de la defensa convencional reclama una contribución presupuestaria que los pueblos soportan mal en épocas de escasez, -- porque también está claro que el consenso popular jamás podría obtenerse condenando a los pueblos a una situación de pobreza para dedicar las inversiones a empleos militares. Con el actual nivel de paro que padecen las naciones libres de Europa y la amplitud de los movimientos pacifistas, una empresa de gastos militares extravagantes aparece como sencillamente -- irrealizable. "El riesgo de la guerra nuclear -dice Howard- es un riesgo remoto, o al menos más lejano que el riesgo de la pobreza y de la crisis-económica". Difícilmente un gobierno sometido a una prueba electoral periódica, hipotecará su porvenir político para reforzar la defensa, más -- allá de los límites que le permita atender en prioridad a las necesidades -- de servicios públicos.

Aunque Ives Laulan haga una muy sensata afirmación en el coloquio de La Haya sobre el eterno conflicto entre los cañones y la mantequilla. "La seguridad, dice Laulan, también es productiva". La disminución de las presiones sobre un país constituyen una buena inversión para sus posibilidades de desarrollo y su enriquecimiento en seguridad.

En cualquier caso el proceso de comunicación entre gobernantes y gobernados sólo puede establecerse a través de los sistemas de comunicación, y sobre esta cuestión el coloquio de La Haya realizó una profunda reflexión en la que aparecieron conclusiones originales; sobre todo, te

niendo en cuenta que operan en la sociedad actual influencias de "contraélites" que acentúan y agravan la crisis de confianza en las instituciones de las naciones europeas. Los "verdes" alemanes son la encarnación de este fenómeno de rebeldía y desconfianza.

Ni uno sólo de los participantes en el coloquio de La Haya consideró, sin embargo, que los medios de prensa y televisión tuviesen influencia directa sobre las decisiones gubernamentales en materia de defensa, ya sea en el empleo de sistema de alianzas o en el de gastos militares. En todo caso, dijeron algunos participantes, la prensa puede contribuir a definir la percepción de la amenaza, pero su influencia es marginal, y solamente adquiere importancia popular cuando las instituciones políticas recogen sus denuncias. Para los ponentes de este Comité, el gobierno emplea más a la prensa en sus campañas, que la prensa influye en el gobierno, por lo menos, esas fueron las conclusiones de Joseph Fromm y James Reston.

Pero también en este capítulo, los ponentes estuvieron de acuerdo que, en una situación de guerra moderna, el empleo con total libertad de los medios de difusión y en especial de la televisión, puede arruinar una voluntad de resistencia en el pueblo. Richard Burt, en el coloquio de La Haya, se preguntó lo que habría pasado en Inglaterra en 1940, si la Televisión hubiese estado presente en la retirada de los ingleses de Dunkerque, y si la voluntad británica de continuar los combates hubiese sobrevivido a una exposición detallada de los horrores que padeció el cuerpo expedicionario en las playas francesas.

Es evidente que el impacto causado en la opinión americana por los reportajes de la batalla de Beirut, han cumplido una labor antiisraelí más contundente que cualquier campaña publicitaria sobre los derechos de los palestinos. Y la guerra del Vietnam, donde por primera vez se emplearon a fondo los medios de difusión, alcanzó su máximo grado de impopularidad a través de las imágenes que los telediarios en competencia comercial ofrecían al americano. El coloquio se planteó la cuestión de la censura en caso de conflicto sobre los medios audiovisuales, tal y como sucedió en la guerra de las Malvinas. En caso contrario, no habría posibilidad de obtener ese consenso popular, que unas imágenes por fuerza atroces, destruirían en una emisión de pocos minutos.

Los problemas que un sistema de defensa sostenido por el apoyo popular puede sufrir, fueron analizados en la contribución de Domi

unque Moissi cuando señaló, con razón, el nacimiento de un nacionalismo-pacifista en el mundo occidental -"nacionalismo de izquierdas", ha escrito a propósito de las elecciones alemanas "Le Monde"-, que considera los -- problemas particulares de cada país como prioritarios rompiendo las obligaciones que la Alianza Atlántica teña entre sus miembros. No se trata ya del viejo pleito entre el componente europeo de la Alianza y los Estados -- Unidos, sino de un conflicto intraeuropeo en el seno de la propia OTAN, -- donde cada país buscaría los medios de su defensa -o de su indefensión- sin considerarse obligado a ninguna suerte de sacrificios solicitados por la solidaridad occidental.

Tanto en Europa occidental como en los Estados Unidos podría resumirse la crisis actual, diciendo que traduce la prioridad cada vez mayor dada a las consideraciones de orden interior en relación a los problemas internacionales; a los intereses nacionales, más bien que a las preocupaciones de la Alianza Atlántica.

Son los movimientos pacifistas, el "antiamericanismo", la crisis de identidad de algunos países, incapaces de decidir si cuentan más -- sus propios egoismos nacionales o la defensa colectiva de la libertad occidental.

A todo ello sólo puede responderse que un acercamiento del -- pueblo a los problemas de la defensa, no ya al nivel de la explicación que es indispensable, sino a la escala de la participación, y una disminución - del papel encomendado a las armas nucleares en la hipotética defensa del Continente, podría romper ese divorcio entre seguridad y disuasión denunciado por Howard y para ello haría falta estudiar todas las formas de una nueva disuasión, como propuso Adam Roberts, fortaleciendo las fuerzas - convencionales de la Alianza, -"Europa no puede seguir siendo una potencia civil", como dice Moissi-, demostrar un auténtico empeño por alcanzar en las conversaciones de Ginebra una reglamentación viable y realista de los armamentos, borrando toda sensación de que por parte de Occidente no existe la voluntad de alcanzar un acuerdo, y establecer desde ahora mismo un diálogo a escala europea sobre la manera de defenderla contando con los Estados Unidos, pero disminuyendo progresivamente y de mutuo acuerdo la dependencia actual del viejo continente respecto a las fuerzas de los Estados Unidos. Como dijo en sus palabras de clausura el director del IISS, es verdad que "la lucha por obtener el consenso popular ha sido mal conducida", y, por lo tanto, la solución lógica sería simplemente admitir que muchas cosas se han hecho mal y que el pueblo se ha despe

gado de este tipo de preocupaciones y, a partir de esta necesidad de revisión, iniciar un nuevo camino. La última conclusión del coloquio de París fue una cita de Karl Jaspers, "Frente a la bomba atómica, considerada simplemente como el problema que tenga el mismo valor: el peligro de la dominación totalitaria con su estructura terrorista que suprime toda dignidad humana. Allí se pierde la existencia. Aquí se pierde la existencia -- digna de ser vivida". Y si hacemos por nuestra cuenta un resumen final del desarrollo de ambos coloquios, es que en ninguno de ellos, ningún participante, propuso como fórmula de salvación de Europa la capitulación pura y simple ante la Unión Soviética. Es cierto que los análisis fueron mucho más agudos cuando se examinaban las causas que nos han conducido a la actual situación y que la autocrítica más o menos masoquista fue más sólida y repleta de ideas que las propuestas o remedios, pero jamás falló la voluntad de seguir investigando la manera de devolver al seno de los pueblos la voluntad que hoy falla de "defender la defensa" y la independencia en la libertad. Que entre un número considerable de intelectuales y expertos en cuestiones militares no surgiese una sola voz recomendando la cobardía como salvación, ya parece un dato digno de ser retenido en estos momentos de Europa.